

Las avalanchas de Sils Maria

Michel Onfray

LAS AVALANCHAS
DE SILS MARIA

GEOLOGÍA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS

Rubén Martín Giraldez

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *Les avalanches de Sils-Maria*
Géologie de Frédéric Nietzsche
Éditions Gallimard, París, 2019

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 72

Primera edición FEBRERO DEL 2021

Dirección editorial IGNASI MORETA
Producción editorial IRIS PARRA JOUNOU
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2019 ÉDITIONS GALLIMARD
por el texto

© 2021 RUBÉN MARTÍN GIRÁLDEZ
por la traducción

© 2021 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B. 1493-2021
ISBN 978-84-17796-43-3

 Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura Con la colaboració del Departament
de Cultura de la Generalitat de Catalunya

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

ÍNDICE

I	FILOSOFAR COMO UN CAMPESINO. GEOLOGÍA DE UNA MORAL	9
1	Tutear al vacío sobre la marcha	11
2	Conocer con un cuerpo de chamán	15
3	Vivir en un lugar sagrado	19
4	Experimentar una fuerza superior	27
5	Ser uno mismo una avalancha	35
6	Pensar como un campesino	41
II	«DISFRUTAR DE LA ALEGRÍA VESPERTINA DE LA ANTIGÜEDAD». EL SUPERESTOICISMO DE NIETZSCHE	45
1	Del camello al niño	47
2	Todo es inmanente: Dios no existe	57
3	Todo es monismo: la voluntad de poder lo es todo	65
4	Todo está determinado: el libre albedrío no existe	77
5	Todo se repite sin cesar: el eterno retorno dicta la ley	89
6	Todo lo que es debe ser amado: el <i>amor fati</i> crea al superhombre	107
III	LEER COMO UNA VACA. ¿QUÉ ES SER NIETZSCHEANO?	119

*Sils es realmente maravillosa; echando mano de un latín
aventurado, yo la calificaría de perla perlissima.
Una profusión de colores cien veces más meridionales
que los de Turín. Alrededor yacen todavía los restos
de veintiséis avalanchas, en parte monstruosas,
que destruyeron bosques enteros.*

NIETZSCHE, *Cartas a Peter Gast*
(Carta 253, 14 de junio de 1888)

I

FILOSOFAR COMO UN CAMPESINO

GEOLOGÍA DE UNA MORAL

I

TUTEAR AL VACÍO SOBRE LA MARCHA

MIS «VISITAS AL GRAN ESCRITOR» las he hecho todas a Nietzsche: en Niza, donde coincidió con el temblor de tierra que es él mismo, y en las calles que cruzó, quizás, Jean-Marie Guyau, el joven autor tuberculoso de un *Esbozo de una moral sin obligación ni sanción* que Nietzsche anotará con avidez; por las altitudes del camino de Èze, unos kilómetros más allá, en vertical sobre el Mare Nostrum; en la bahía de Nápoles, bajo el signo del Vesubio en Sorrento; en la playa de Rapallo y en las alturas de Portofino donde encendía grandes fogatas de madrugada tras una noche de vigilia socrática; en Milán o en Turín, allí donde su vendedora ambulante le escogía hermosas frutas saturadas del sol mediterráneo, si no en el lugar en el que se arrodilló tras abrazar a un caballo azotado por su cochero; en la Fondamenta Nuove de Venecia, desde donde vio el cementerio de San Michele que se convertirá en la isla de los muertos del *Zaratustra*, una ciudad en la que el canto de los gondoleros lo sume en un estado de arrebatamiento; en las callejuelas animadas de Génova, donde le entran ganas de vivir como la gente de a pie; en Roma, en el mismísimo Vaticano, donde conoce a Lou Salomé en una capilla; pero con más frecuencia en Sils Maria, en la alta Engandina, en la

Suiza alemana, allí donde el superhombre y el eterno retorno irrumpen en su vida (y por lo tanto en la nuestra, y por lo tanto en la mía). He paseado por todos esos lugares durante largas conversaciones silenciosas con este gran desaparecido. Y aquí estoy de nuevo, esta vez con motivo de una conferencia sobre el superhombre.

Hoy más que nunca, el espíritu de Nietzsche sopla en Sils Maria. Pero ¿por qué? No será por la casita en la que alquiló una habitación durante la temporada estival entre 1881 y 1888 (exceptuando 1882) y que la obsesión de un viejo profesor universitario retirado transforma hoy en un monumento *kitsch*, sino porque aquí descubrimos en la naturaleza aquello que produjo el pensamiento del postrer Nietzsche.

La revelación del eterno retorno se da en un decorado digno de un cuadro de Caspar David Friedrich. Antes de que esta intuición lo fulmine, Nietzsche ha leído mucho, sobre todo obras científicas: no parte de cero, por tanto. Busca en los libros, lee obras de química y de cosmogonía, de astronomía y naturalismo; su cerebro convive, sin duda, con estas ideas dialécticas como las criaturas del Bosco en sus lienzos.

Pero si lee, y mucho, eso es que cuestiona, que se cuestiona. ¿Sobre qué? Antes de la revelación hay algo que la prepara: un deseo de sentido, una voluntad de sabiduría, un ansia ética, un tropismo filosófico, una aspiración al ser con vistas a colmar la nada, una sed moral. Porque antes de la biblioteca siempre encontramos el deseo que la constituye. Nietzsche quiere una alternativa al judeocristianismo. Después de la muerte de Dios desea un mundo nuevo, sabe que le toca desempeñar un papel en ello.

Es frugal, come poco y mal, evita el alcohol y se abastece en charcuterías; toma café y chocolate Van Houten; está a mil ochocientos metros de altitud, algo que no es fisiológicamente inocuo, pues la altitud modifica la anatomía, la fisiología; es decir, las percepciones, las sensaciones, las emociones y, por ende, los juicios; vive castamente, sin mujeres, sin compañera amorosa y sin cómplices venales.

Y, además, camina: sus largas caminatas pueden durar ocho horas de un mismo día. Cada vez que sigo sus pasos, piso un sendero señalado por las excursiones de los caminantes, una pandemia hoy por hoy ligada al lugar; pero también por el sentido común suizo que ha cavado escalones en el sendero del filósofo, con troncos que apuntalan los niveles y barreras para no caer al vacío. No hay peligro de accidentarse, se han tomado todas las precauciones, pero en materia accidentógena tememos por los veraneantes, con frecuencia de edad propecta, armados con bastones de senderismo y disfrazados según los criterios exigidos por la actividad...

Me imagino estos senderos vacíos de turismo, devueltos al estado salvaje, como en tiempos de Nietzsche. Veo estos paisajes vírgenes abiertos que se cierran luego tras él según avanzan sus pasos por la hierba o la vegetación: una multitud de flores de verano, amarillas y granates, violetas y blancas, helechos prehistóricos, arbustos de arándanos, fresas silvestres, ásteres y retamas, de miosotis y margaritas. Hormigas que devoran una umbela ya blanca, la tiñen de tonos grises y la matan: manifestación de la voluntad de poder, lección objetiva de la voluntad de poder, botánica de la voluntad de poder...

Medio ciego, escribe a Paul Rée que «poco le falta para estar ciego»; Nietzsche lleva unas gruesas gafas de cristales

ahumados. ¿Cómo se las arregla para caminar tanto rato por un universo hostil a cualquier individuo con tan mala vista? ¿Qué extraño equilibrio rige el cuerpo de este hombre que no cae al vacío mientras lo tutea sin parar? Demasiado pobre para equiparse, camina con sus zapatos de vestir y, si cuenta con una vara sacada de entre los matorrales, su mirada vacía no le permite colocarla en el punto conveniente para equilibrar su avance; por ejemplo, en el sendero escarpado que asciende por detrás de la casa y que lleva desde entonces su nombre y hoy pasa por ser su paseo preferido.

2

CONOCER CON UN CUERPO DE CHAMÁN

ES, POR TANTO, ESE CUERPO, del que nos dice que él es la «gran razón», el que se va a ver atravesado por el relámpago, cortado en dos por el rayo como se parte una civilización entre un antes y un después de lo que la hace posible: un cuerpo errante por toda Europa en busca de una buena altitud, una buena temperatura, una buena higrómetros, una buena luminosidad o una buena exposición al sol que le eviten sufrimientos; un cuerpo nómada, apátrida, sin papeles, siempre en trenes, entre dos insatisfacciones; un cuerpo trabajado por una libido de cuarentón que nadie comparte con él, aparte de algunas mujeres de pago en su juventud que le dieron sífilis a cambio; un cuerpo onanista, dirá Wagner, lo que contribuirá tremendamente a su desavenencia; un cuerpo carente de oxígeno a causa de la altitud a la que se encuentra Sils Maria; un cuerpo que multiplica los percances de la salud, las patologías, y que se revela un gran sismógrafo de todo lo que es; un cuerpo excitado por el café y sobrecargado por las salchichas que su madre le envía por correo; un cuerpo que camina durante largas horas en este aire frío, puro y cristalino: este cuerpo, por lo tanto, es un cuerpo de chamán.